

ENSAYO

BREVES REFLEXIONES SOBRE EL “OTRO” FREUD

(Rev GPU 2016; 12; 4: 374-379)

Jaime Boetsch¹

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS DE FREUD

Freud fue un hombre extremadamente complejo y en muchas ocasiones se ha destacado su brillantez intelectual. Pero, como todo ser humano, tuvo muchas imperfecciones.

Fue un gran seductor y un genio del marketing. Tal como los grandes militares y conquistadores antiguos, que él tanto admiraba, se las arregló, magistralmente, para expandir su Imperio Psicoanalítico (incluyendo a su despreciable Norteamérica), y sin contar con respaldo científico alguno logró “inocular” hábil y masivamente la idea de que el psicoanálisis era la única forma de psicoterapia verdaderamente profunda, transformadora y sanadora. Cualquiera otra forma de psicoterapia, en cambio, era esencialmente superficial y no curativa.

Este calculado y exitoso expansionismo ideológico y territorial, a mi entender, forma una parte esencial de su obra, aunque nunca se lo haya mencionado como tal. Y, hasta dónde yo sé, constituye un caso único en la historia de la ciencia.

Un ejemplo notable, y que muestra a Freud como un gran estratega militar y político, es lo ocurrido con Jung. Para Freud el suizo tenía tres grandes cualidades: era muy inteligente, imaginativo y tenía “olfato” analítico. Además era extranjero y, por último y, algo esencial para él, no era judío. Jung fue designado por Freud, nada menos que el primer Presidente de la recién formada Asociación Psicoanalítica Internacional, y las razones que tuvo para hacerlo son más que obvias desde un punto de vista expansionista y propagandístico

(pese a la airada protesta del círculo judío vienés, durante años, leal al maestro).

Pero hay otras situaciones menos conocidas de su vida. En 1912 se creó un Comité (secreto) conformado, inicialmente, por cinco fieles discípulos y cuyas funciones eran, entre otras, delatar y neutralizar a cualquier miembro que disintiera del maestro. Y los disidentes “refractarios” eran excluidos con toda clase de interpretaciones y de diagnósticos psiquiátricos (los casos de Rank y Ferenczi, miembros originales del Comité y leales discípulos durante muchos años, son los más llamativos e, incluso, patéticos).

En otras palabras, Freud era muy autoritario, y cuando él lo consideraba necesario no vacilaba en aplicar toda su fuerza. Percibía la independencia teórica y/o técnica de sus seguidores cercanos como un peligro y nunca como un aporte, menos aún como un desarrollo personal sano y creativo. Para Freud la independencia respecto a él no tenía nada de positivo, siempre era una amenaza o una rebelión encubierta y homicida en contra de la figura paterna que él representaba. Toda evolución en el campo psicoanalítico debía ser producida por él, aunque fuese algo insólito y sin base ninguna (como, por ejemplo, la pulsión de muerte).

El famoso sofá le servía muchísimo ya que –más allá de las razones teóricas para usarlo– él necesitaba controlarlo todo: en este caso, el poder ver sin ser visto. Y la otra cara de la moneda era que “no puedo soportar el hecho de que otras personas me miren durante ocho horas (o más) al día” (Roazen). Pero este encuadre físico podía facilitar otro hecho: que el terapeuta se pudiese

¹ Psicólogo Clínico. Terapeuta y Supervisor Acreditado.

quedar, ocasionalmente, dormido. Appignanesi y Forrester mencionan que esto lo vivió, en carne propia, la psicoanalista Helene Deutsch: “Es verdad, Freud se quedaba dormido durante el análisis de Helene mientras ella hablaba de sus problemas con el amamantamiento...”.

Según Freud, jamás había que psicoanalizar a nadie que uno conociese. Sin embargo, y durante un total de más de cuatro años el padre del Complejo de Edipo y de la Transferencia lo hizo con su hija Anna. Ella, literalmente, lo adoraba y era muy posesiva y celosa con él. Freud, por su parte, alejó de Anna a todos sus pretendientes, entre ellos a Ernest Jones, que con los años se transformaría en su biógrafo “oficial”. Con el tiempo se hicieron inseparables, intelectual y emocionalmente y esto duraría para siempre.

Anna estableció una relación, tal vez de carácter amoroso, con la millonaria norteamericana Dorothy Burlingham, a cuyos 4 hijos había analizado desde su niñez. Por su parte, Dorothy, había sido psicoanalizada por Freud. Además, Dorothy se fue a vivir al mismo edificio donde residían los Freud, en la calle Berggasse 19, y en 1938 se trasladó con ellos a Londres. Después del fallecimiento del vienés, Dorothy, quien vivía en la misma calle, se fue a vivir con Anna en la famosa residencia de los Freud, en Maresfield Gardens 20 (actualmente, el “Freud Museum”).

Young-Bruehl, en su biofrografía sobre Anna, relata una tragedia que durante algunos años permaneció oculta. La hija mayor de Dorothy, Mabbie, se suicidó en 1974, a los 57 años. Dorothy quedó devastada (“Mabbie” había viajado ese año a Londres para continuar su análisis con Anna).

En el documental de la BBC: “The Century of Self” (2002), el sobrino de Mabbie –Michael John Burlingham– confirma este hecho y señala, además, que su tía ingirió una sobredosis de somníferos en la misma casa que Anna y su madre compartían.

En su biografía, Peter Gay señala que en los históricos clínicos de Freud “las madres ocupan un rol marginal”. Y más adelante agrega “...como si hubiese cosas sobre las mujeres que él no quería saber”. En mis términos, Freud tendía a “salvar” a las mujeres. Y no es de extrañarse: nunca pudo admirar a su padre, pero, literalmente, idolatró a su madre, Amalia Freud.

Según Martin, hijo de Freud, su abuela “no era en modo alguno lo que nosotros llamaríamos una “dama”, tenía un temperamento enérgico y era impaciente, obstinada, de ingenio agudo y sumamente inteligente”. Y su gran amor fue su “Sigi dorado”. Gay relata que esta descripción fue confirmada por Judith Bernays Heller, sobrina de Freud y nieta de Amalia. Judith, quien la

conoció mucho en sus años jóvenes, resalta el carácter dominante, temperamental, inflexible y ególatra de su abuela. También escribió: “Se mostraba encantadora y sonriente cuando había extraños, pero yo por lo menos siempre sentí que con los íntimos era una déspota, y una déspota egoísta”. Por otro lado, Amalia no acostumbraba a quejarse y “tenía sentido del humor, era capaz de reírse de sí misma y a veces incluso de ridiculizarse”.

Gay señala con razón que “era difícil sustraerse al efecto de una madre así, incluso después del autoanálisis más completo”.

Causa extrañeza que los biógrafos de Freud la mencionen solo al pasar y que no profundicen en su personalidad y, sobre todo, en la relación y en el efecto que tuvo sobre su hijo mayor. Amalia vivió hasta los 95 años y falleció en 1930, nueve años antes que Freud. Hubo tiempo de sobra para que muchas de sus amistades y discípulos la hubiesen conocido demasiado bien. Pero Amalia, siguiendo los dictados de su hijo, continúa siendo un personaje misterioso e “intocable”.

Parece mentira que a los 74 años y con una enorme experiencia como hombre y como terapeuta, Freud escribiera esta insólita frase autorreferente y como un postulado general: “El instinto agresivo [...] constituye el sedimento de todos los vínculos cariñosos y amorosos entre los hombres, quizá con la única excepción del amor que la madre siente por su hijo varón” (las cursivas me pertenecen).

Pero, ¿se sintió Freud realmente amado por su madre? ¿Lo habrá contenido Amalia cuando siendo un niño él estaba angustiado, inseguro, triste y muy necesitado de protección y consuelo? ¿O desde muy temprano él “percibió” las necesidades de su madre y, sin darse cuenta, se transformó en el “cartel publicitario” y en el gran apoyo que ella necesitaba y anhelaba? Frente a su débil y fracasado padre ¿acaso no fue un niño parentalizado?

Freud escribió: “Cuando un hombre ha sido el favorito indiscutido de su madre, logra conservar durante toda la vida un sentimiento de vencedor, esa confianza en el éxito que a menudo conduce realmente al éxito”. Esta frase siempre me incomodó: todo gira en torno a la competencia y al triunfo, primero en el hogar y luego en la adultez. Y el amor ni siquiera se menciona.

Personalmente creo que Freud necesitó desesperadamente “salvar” a su madre y que se culpó totalmente a sí mismo al descubrir con pavor sus impulsos incestuosos. Nunca sabremos hasta qué punto, y tal como lo hacen muchas madres, Amalia fomentó, sutil o no tan sutilmente, esos deseos “impuros”.

Indudablemente que Freud, como todo ser humano, sufrió de profundas inseguridades: no podía ser de

otra manera. Por su propia decisión, se demoró 3 años más de lo habitual en egresar como médico, y posteriormente hizo una práctica de 3 años en el Hospital. (Este exagerado retraso se hace aún más llamativo y extraño cuando uno recuerda que su familia era pobre. Freud pasó hambre en su estadía en el Hospital y muchas veces debió pedir dinero prestado para subsistir.) ¿Estaría el joven Sigmund aterrado de abandonar la protección que le brindaron primero la Universidad y luego el Hospital y de "lanzarse a la vida" como un adulto?

Estando de novio y habiendo terminado con su práctica en el Hospital, continuó siendo estudiante al irse becado, por unos meses, a Francia para estudiar con Charcot y a su regreso pasó unas semanas en Berlín "para aprender algo sobre las enfermedades de los niños". Y todo lo anterior sin contar en lo absoluto con el dinero necesario para hacerlo. No es de extrañar que su noviazgo durase 4 largos años.

Tanta preparación, a mi juicio, encubre una evitación. Mal que mal, el pobre Sigmund tenía una ardua tarea por delante: no fracasar nunca económicamente como su padre y, además, realizar algo notable.

El mismo Jones hace mención también a las inseguridades del joven Freud como médico y le llama la atención el curioso día elegido por este para publicar en la prensa el inicio de su práctica profesional: un domingo de Pascua en que toda Viena estaba cerrada (cuando a Jones le conviene, no interpreta absolutamente nada).

En todas las biografías se hace mención a la intensa y dependiente amistad de Freud con su colega berlinés Wilhelm Fliess. Curiosamente, Gay se torna exigente y responsabiliza directamente a Martha: "Su mujer hizo a Fliess prácticamente necesario". También señala que: "Martha Freud no fue una compañera para su marido en su largo y solitario avance hacia el psicoanálisis".

Si bien Gay reconoce todo lo que ella hizo por Freud, a lo largo de más de medio siglo, lo anterior no basta: ella, además, debería haber tenido una buena mentalidad analítica y haber acompañado y ayudado a su marido en este plano. ¡Como si Freud no la conociese y la hubiese elegido para esos fines!

El hogar de Freud siempre giró en torno a él y Martha dedicó toda su vida a facilitarle las cosas. Nadie menciona lo difícil que debió ser para ella el haber estado casada con un hombre tan difícil, complejo y atormentado como él. Y de las necesidades de Martha y de la capacidad de su marido para percibirla, contenerla y consolarla no se dice absolutamente nada. Con ella no hay empatía: solo importan las necesidades y los sufrimientos de su esposo.

Su apasionada amistad y su enorme dependencia de Fliess coincidió no solo con el desarrollo de muchas

de sus ideas en el plano teórico –como generalmente se ha enfatizado– sino que, también, con el crecimiento continuo de su numerosa familia (Martha tuvo a sus 6 hijos en el lapso de solo 9 años). Además, y siendo Freud el hijo mayor y un profesional debía ayudar económicamente a su familia de origen, compuesta mayoritariamente por mujeres. (Su padre era 40 años mayor que él y el único otro hijo hombre en la familia, Alexander, era 10 años menor que Sigmund). Las inevitables Adulterio y Responsabilidad se le habían venido encima con toda su exigencia, aridez y frialdad. Freud no solo estaba intelectualmente inseguro, también lo estaba profesional y emocionalmente. Y esta inseguridad "global" y envolvente explica algo mejor su gran necesidad de Fliess.

Con frecuencia se habla de este último en forma despectiva. Sin embargo, fue Freud quien lo buscó y fomentó activamente la amistad entre ambos. Tal vez el médico berlinés fue capaz de darle algo muy importante en esos años de tormento: lo apreciaba, lo respetaba, lo escuchaba con real interés –tanto en el área científica como personal–, entendía sus ideas y le era aportativo. Y nada de lo que Freud dijese lo encontraba bizarro o lo escandalizaba.

El "periodo Fliess" me recuerda una frase que Freud escribió, en su vejez, sobre el desamparo infantil: "[...] y de la nostalgia por el padre que aquel suscita, tanto más cuanto que este sentimiento no se mantiene simplemente desde la infancia, sino que es reanimado sin cesar por la angustia ante la omnipotencia del destino. Me sería imposible indicar ninguna necesidad infantil tan poderosa como la del amparo paterno". No cabe duda que él conocía demasiado bien el desvalimiento profundo, y que lo experimentó en diversas ocasiones a lo largo de su vida (como en sus años junto a Fliess). Llama la atención que Freud en este pasaje se refiera solo al padre, y que no mencione en lo absoluto a la madre (como si pensase que el desamparo del niño solo pudiese ser apaciguado por la figura paterna).

Freud tuvo serios conflictos y rupturas, después de años de amistad, con algunos representantes del género masculino. Los ejemplos más destacados son los de Breuer y Fliess. Con las mujeres, en cambio, nunca se dio este patrón de una prolongada e intensa amistad seguido, finalmente, de un rompimiento completo. Tuvo excelentes relaciones y por muchos años, tanto en el plano personal y psicoanalítico, por ejemplo, con sus ex pacientes Lou Andreas-Salomé y con la princesa Marie Bonaparte.

Pienso que su tan elogiado autoanálisis –"la hazaña más heroica de su vida"– según Jones, ha sido muy sobrevalorado en cuanto a su eficacia terapéutica. Y no

queda muy claro la razón que tuvo el creador del psicoanálisis para no haberse sometido nunca él como paciente a su gran descubrimiento (en el cual la presencia de un otro y la relación transferencial son de una importancia crucial). Me impresionan su falta de humildad o su gran desconfianza para recurrir a algunos de sus discípulos, ya formados, y con una extensa experiencia psicoterapéutica. O tal vez realmente pensaba que no lo necesitaba, por ser él quien era, recurrir al análisis. Es curioso que ninguno de sus biógrafos haya mencionado explícitamente esta flagrante contradicción: el aparente logro, en su persona, de un gran cambio terapéutico en ausencia de psicoanálisis. Jones considera su autoanálisis todo un éxito y señala con orgullo que a los 45 años su maestro había alcanzado “una completa madurez que rara vez se da en las personas”.

En términos modernos Freud habría sido un caso de la (mal) llamada “remisión espontánea”, que se observa, por ejemplo, en los grupos control o en las listas de espera. Y, si realmente tuvo tanto éxito consigo mismo, entonces sí hay pacientes que pueden mejorar considerablemente sin psicoanalizarse.

Él se consideraba y declaraba ser un científico. Pero, contradiciéndose a sí mismo, se opuso a toda investigación científica sobre la eficacia del psicoanálisis. Dio toda clase de razones, algunas muy burdas, y no hizo nada al respecto. Para mí la razón es una sola: él sabía demasiado bien que su creación terapéutica era claramente imperfecta en cuanto a sus resultados, y que además presentaba abundantes abandonos por parte de los pacientes (ambas cosas ocurren en todos los enfoques psicoterapéuticos).

Hoy es de sobra conocido lo que la evidencia empírica señala: la eficacia de las psicoterapias de orientación analítica no se diferencia de la de otras modalidades psicoterapéuticas.

Además, jamás se ha comprobado, científicamente, que el psicoanálisis sea el único enfoque terapéutico capaz de lograr los supuestos cambios estructurales en la personalidad de los pacientes y, que yo sepa, ningún otro enfoque lo ha logrado. Una cosa son los síntomas y otra muy diferente las estructuras de personalidad.

Con el paso del tiempo y, posiblemente en parte porque la potentísima “presencia” de Freud dejó de ser un obstáculo, el psicoanálisis ha sufrido una profunda y sana transformación, y el tratamiento típicamente freudiano ha pasado a formar parte de la historia.

Hasta hace unos años cualquier libro serio sobre los diferentes enfoques terapéuticos incluía un solo capítulo dedicado a la creación del maestro vienés. Los actuales, en cambio, incluyen dos: Psicoanálisis Freudiano y Psicoanálisis Relacional.

Los escritos sobre psicoanálisis relacional tratan con demasiado respeto a Freud, pese a las enormes diferencias que plantean respecto a su enfoque. Son la mejor demostración de lo profundamente equivocado que él estuvo en aspectos esenciales. Pero, de alguna forma Freud continúa siendo una figura intocable y venerada. Me da la impresión de que en el círculo psicoanalítico criticarlo abiertamente y sin tapujos es el equivalente a profanar una tumba.

Freud lo hizo muy bien desde un punto de vista económico: literalmente, les “arrendaba” varias horas semanales a sus pacientes y les cobraba una mensualidad asistiesen o no a las sesiones.

No sé cuántos pacientes estarán dispuestos, hoy en día, a someterse a una terapia con varias sesiones semanales, que puede durar años, con inciertos resultados, y que además tienen un costo mensual fijo y desmesurado.

Cabe señalar que, cuando gozó de fama, Freud recibió sin ningún problema a muchos pacientes millonarios norteamericanos. Y les cobraba una suma considerable por sesión. De acuerdo con el psicoanalista y biógrafo, Louis Breger, Freud cobraba, a comienzos de la década de 1930 US \$25 por hora. Estos asistían a terapia 6 veces a la semana. Tomando como base el año 2000 –hace 16 años– Breger calcula que Freud cobraba, en aquel entonces, más de US \$300 por sesión, o sea, más de US \$7.200 mensuales a cada paciente (suponiendo que todos los meses se componen solo de 4 semanas). En una época, de acuerdo con Breger, solo 3 pacientes norteamericanos le aseguraron el 60% de sus ingresos mensuales. Hoy en día, y con estos honorarios, cualquier terapeuta se las arreglaría demasiado bien económicamente y trabajando solo 6 horas a la semana (según pude ver en Internet, en el año 2015, US \$300 del año 2000, equivalían a más de US \$400. Pero no tengo la completa seguridad de esta última cifra. Si fuese cierta, ¡estaríamos hablando de casi US \$10.000 mensuales por 6 horas de terapia a la semana!). Lo anterior ocurrió en los años de la Gran Depresión, la que también había golpeado a Viena. Freud los pudo sortear muy bien gracias a sus pacientes norteamericanos ya que no solo le pagaban muchísimo sino que, además, lo hacían en moneda “dura”.

El “Conquistador” (así se catalogó a sí mismo en una ocasión y utilizando la lengua española) tuvo un reinado menos prolongado de lo que él esperaba. A partir de la segunda década del siglo pasado el Imperio Psicoanalítico comenzó a enfrentarse a cuatro novedades catastróficas: la revolución farmacológica, la aparición de nuevos enfoques terapéuticos –mucho más breves–, la exigencia de demostrar, científicamente la eficacia terapéutica, y unido a lo anterior el surgimien-

to de las aseguradoras de salud que costeaban gran parte de la psicoterapia. (Y, todo esto, sin considerar el continuo aumento de profesionales y de personas no profesionales que practican diversas formas de psicoterapia y de terapias alternativas.)

Lo anterior contribuyó al surgimiento de enfoques psicodinámicos breves, con una o dos sesiones semanales, sin diván y que Freud habría considerado superficiales y, por consiguiente, ineficaces.

La "sequía", en cuanto a pacientes es algo generalizado y afecta todo el campo psicoterapéutico. Y los artículos y capítulos publicados en USA son alarmantes al respecto: ser terapeuta, desde un punto de vista económico, está y sigue siendo algo crecientemente menos rentable e, incluso, peligroso. Puedo equivocarme pero creo que el terapeuta tradicional, y que cobra sus honorarios privadamente, está en un progresivo e inevitable camino hacia la extinción.

Freud confundió su personalidad controladora e impersonal con "la" forma "objetiva" de captar, relacionarse, y ayudar a los demás. En la obra de Jones, la psicoanalista, admiradora, traductora y ex paciente de Freud, Joan Riviere, se refiere a su "tono imperativo" y a su interés "curiosamente impersonal" tanto en el análisis como fuera de él.

Posiblemente no fue un buen terapeuta. El caso de Dora es una buena demostración de su total racionalidad y falta de empatía, aunque él muy hábilmente lo utilizó para "demostrar" que no es el ambiente el causante de las neurosis, sino que los conflictos intrapsíquicos. Pero hoy día sabemos que la calidad de la alianza terapéutica es un buen predictor del éxito terapéutico, sobre todo cuando esta es medida por los pacientes (¿Qué habrían medido la pobre Dora y otros pacientes del maestro respecto a esta variable?).

Además, siempre le interesó mucho más conocer que sanar: todo indica que para él los pacientes eran antes que nada objetos de estudio. Gay señala que en 1909 escribió: "los pacientes son desagradables" y "me dan la oportunidad de realizar nuevos estudios técnicos". Según Gay, a Ferenczi le habría manifestado: "Los neuróticos son chusma solo buenos para mantenernos económicamente y para aprender con sus casos".

Su imagen del ser humano no era de las mejores. Concordaba plenamente con la locución latina: *Homo homini lupus*. Y a Arnold Zweig le escribió en año 1927: "...una vez dicho todo, en promedio, consideradas ya todas las cosas, los seres humanos son una gentuza miserable".

El ego de Freud era sorprendente: se comparó con Copérnico y con Darwin y, según él, le infligió un tercer golpe a la humanidad. Muchos de sus partidarios

lucharon, sin éxito, para que se le confiriese el premio Nobel. El que sí obtuvo fue el Premio Goethe en 1930, y Anna fue la encargada de ir a recibirlo y de pronunciar el discurso escrito por su padre para la ocasión. Pero este premio es de literatura; no es un premio científico. En todo caso se lo merecía plenamente, ya que Freud –y en esto sí hay consenso– escribía como los dioses.

Tal vez si adoptamos una perspectiva histórica más amplia, mucho de lo escrito anteriormente puede adquirir un mayor sentido y puede ser mejor comprendido.

El mismo año que Freud publicó el caso "Dora," 1905, un físico de 26 años, absolutamente desconocido, aparentemente fracasado y obligado a tener que trabajar como empleado en una oficina de patentes en Suiza publicó 4 artículos geniales en la revista más prestigiosa de Física en Alemania: Albert Einstein. Por uno de esos artículos recibió el premio Nobel (1921). Y, otro (Relatividad Especial), produjo un cambio profundo en la Física.

Judío como Freud, jamás se sintió perseguido ante sus escritos y no movió un solo dedo para hacerse famoso mundialmente. Solo esperó y esperó hasta que el físico más renombrado de la época en Europa, Max Plank (no judío), tomó muy en serio, supo valorar su aporte y lo catapultó en el mundo científico.

Einstein debió esperar años, hasta que, en 1919 –Freud falleció 20 años después– se confirmó su predicción (esta vez, de la Relatividad General) respecto a la desviación de la luz de las estrellas cercanas al Sol. La noticia, comprobada después de terminar la Primera Guerra Mundial y por Eddington –un "enemigo" inglés y no judío–, dio la vuelta al mundo y Einstein se hizo famoso de un día para otro.

La diferencia entre ambos hombres no puede ser más notable: Einstein jamás se hizo propaganda, no hizo nada para atraer discípulos, nunca formó un Comité secreto ni luchó desesperadamente para que los astrónomos de la época se movilizaran para confirmar o rechazar una de sus predicciones más importantes: en otras palabras, lo arriesgó y lo apostó, literalmente, todo. Pero, para él sin evidencia empírica, su teoría era una mera conjetura sin validez alguna.

Ambos hombres se conocieron personalmente e intercambiaron algunas cartas (las misivas más extensas, entre ambos, se refieren a la guerra y a cómo poder evitarla).

Como era de esperarse, su comprensión mutua –respecto a sus respectivas creaciones– no fue de las mejores. Freud escribió sobre la "absoluta incompreensión del psicoanálisis" por parte del físico. Y, con un dejo de envidia, escribió que Einstein, en oposición a él, no tuvo que partir desde cero: "[...] A este hombre

afortunado todo le resultó más fácil que a mí. Contó con el apoyo de una larga serie de precursores a partir de Newton..."; ¡Cómo si Einstein hubiese sido un mero continuador en la construcción de la catedral newtoniana y no un gran revolucionario en el campo de la física!

Está claro que Freud nunca tuvo la menor idea de que Einstein había terminado con el reinado de más de 200 años de Newton: el tiempo y el espacio, de ser dimensiones separadas y absolutas pasaron a ser un espacio-tiempo indisolublemente unido y relativo, y la gravedad newtoniana dejó de ser una atracción entre las masas y se transformó en una curvatura del tejido espacio-temporal. Y del aporte einsteniano a la mecánica cuántica –mecánica que posteriormente el físico habría de rechazar– mejor ni hablar. (Este aporte inicial consistió en su explicación del misterioso "Efecto Fotoeléctrico", por el que recibió el Nobel. En su artículo, y yendo en contra de lo que se pensaba en su época, respecto a la luz, Einstein planteó que esta última, siendo una onda, también podía comportarse como partícula: la famosa y misteriosa dualidad onda-partícula).

Después de un siglo, y a diferencia del psicoanálisis freudiano, la teoría de la Relatividad goza de muy buena salud y, recientemente, y después de 100 años, se comprobó otra de sus predicciones (esta vez relacionada con las ondas gravitacionales).

Freud nunca supo, y menos entendió, que Einstein había producido y también iniciado un doble cambio

paradigmático en la Física. Esta hazaña la logró absolutamente solo y jamás se quejó de ningún "espléndido aislamiento".

Para Einstein la obra y la fama de Freud no significaron nada. Pero para Freud, el reconocimiento mundial de Einstein, sumado a su Premio Nobel, debió haber sido, al menos, agríndice.

REFERENCIAS

Esta reflexión está basada principalmente en los datos aportados por los siguientes biógrafos:

1. Appignanesi L, Forrester J (1994). *Las Mujeres de Freud*. Planeta: B. Aires
2. Badou G (2007). *Martha Freud*. El Ateneo: B. Aires
3. Berthelsen D (1995). *La Vida Cotidiana de Freud y su Familia*. Ediciones Península: Barcelona
4. Breger L (2000). *Freud. El genio y sus sombras*. Javier Vergara: España
5. Breger L (2009). *A Dream of Undying Fame: How Freud Betrayed His Mentor and Invented Psychoanalysis*. Basic Books: N. York
6. Clark RW (1980). *Freud. The Man and The Cause*. Granada: G. Britain
7. Gay P (1989). *Freud. Una Vida de Nuestro Tiempo*. Paidós: España
8. Gay P (1993). *Un Judío sin Dios*. Ada Korn Editora: B. Aires
9. Gay P (1994). *Freud, Otra Vez*. Ada Korn Editora: B. Aires
10. Jones E (1960-1962). *Vida y Obra de Sigmund Freud* (3 Volúmenes). Nova: B. Aires
11. Roazen P (1986). *Freud y sus Discípulos*. Alianza: Madrid
12. Rodríguez E (1996). *El Siglo del Psicoanálisis*. (2 Volúmenes). Editorial Sudamericana: B. Aires
13. Young-Bruehl E (1991). *Anna Freud*. Emecé: B. Aires